

LA EDUCACIÓN DE LAS MUJERES O POR QUÉ NO
DEBEMOS LEER NOVELAS SEGÚN HUME

Women's Education or Why We Shouldn't Read Novels
According to Hume

Valeria Schuster

Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba, Argentina.

ORCID: 0009-0001-9760-7911

E-mail: valeria.schuster@unc.edu.ar

Resumen

En nuestra investigación nos centramos en el análisis del ensayo Sobre el estudio de la historia en el cual se desaconseja el consumo de literatura de ficción por parte de las mujeres y, al mismo tiempo, se las caracteriza como ávidas de este tipo de lectura. Luego de analizar brevemente cuál es la importancia de la educación en la filosofía humeana y cuáles son los beneficios que aporta el estudio de la historia a ese fin, nos dedicamos principalmente a examinar por qué la lectura de novelas es contraria a la instrucción de la humanidad. A tal efecto, brindamos una caracterización del tipo de literatura que tiene en mente Hume cuando habla de "novelas y romances", hoy conocido como amatory fiction, y exploramos la producción de una reconocida autora de la época, a saber, Eliza Haywood. A manera de cierre, brindamos tres hipótesis que intentan explicar por qué el filósofo recomienda que las mujeres se mantengan alejadas de estas ficciones románticas.

Palabras clave: educación de la humanidad; novelas y romances; mujeres lectoras; experiencia femenina; mundo masculino.

¿Cómo citar?: Schuster, V. (2025). La educación de las mujeres o por qué no debemos leer novelas según Hume. *Praxis Filosófica*, (61S), e20314307. <https://doi.org/10.25100/pfilosofica.v0i61S.14307>

Recibido: 30 de junio de 2024. Aprobado: 31 de noviembre de 2024.

Women's Education or Why We Shouldn't Read Novels According to Hume

*Valeria Schuster*¹

Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba, Argentina.

Abstract

We centered our research on the analysis of the essay Of the Study of History, in which female readers are discouraged from consuming fictional literature and portrayed as eager for this type of reading. After analyzing what is the importance of education in Hume's philosophy and what are the benefits the study of history adds to this purpose briefly, we focused on examining why reading novels is contrary to mankind's instruction. To this end, we offered a featuring of the type of literature Hume thinks of when he refers to "romances and novels", known as "amatory fiction" today. Likewise, we explored the work of a well-known author of the period, namely, Eliza Haywood. To conclude, we posed three hypotheses meant to explain why the philosopher recommends that women should stay away from these romantic fictions.

Keywords: *Mankind Education; Romances and Novels; Female Readers; Female Experience; Male World.*

¹ Valeria Schuster es Especialista en Ciencias de la Cultura por la *Scuola Internazionale di Alti Studi San Carlo, Modena* y Doctora en Filosofía por la Universidad Nacional de Córdoba, Argentina. Actualmente se desempeña como profesora asistente de la Escuela de filosofía de la UNC. Se ha dedicado a temas de filosofía moderna y, en especial, al estudio de la filosofía de Hume. Actualmente es investigadora del Centro de Investigaciones "María Saleme de Burnichon", SECyT, UNC.

LA EDUCACIÓN DE LAS MUJERES O POR QUÉ NO DEBEMOS LEER NOVELAS SEGÚN HUME

Valeria Schuster

Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba, Argentina.

I. Presentación

En un breve escrito titulado “Sobre el estudio de la historia [*history*]” Hume es muy claro respecto de los beneficios que aporta para la instrucción de la humanidad en general y, en particular, para quienes no han recibido educación de manera más o menos sistemática. No es de sorprender que, en la Inglaterra de mediados del siglo XVIII, el sexo femenino se encuentre en este último grupo. El lugar que ocupa la historia para una filosofía basada en la experiencia es, entonces, y sin lugar a duda, central. Y si a esto sumamos el interés personal que manifestó Hume por la obtención de este tipo de conocimiento, desde sus primeros años como estudiante hasta su edad madura, es evidente que la comprensión y el análisis de los acontecimientos pasados es, a los ojos del filósofo, una ocupación indispensable para todo aquel que pretenda comprender los rasgos característicos de la naturaleza humana. En este ensayo, cuyo tema principal es dar a conocer las ventajas del estudio de la historia, Hume desaconseja a las mujeres, al mismo tiempo, la lectura de novelas. En el presente trabajo nos proponemos brindar algunas hipótesis que den cuenta de esta contraindicación, no sin antes explorar el tema principal del texto en cuestión y algunos de sus avatares editoriales.

El ensayo “Sobre el estudio de la historia” apareció en la primera edición de los *Ensayos morales y políticos* que salió de la prensa en Edimburgo, en 1741, y fue incluido en todas las publicaciones posteriores hasta la de los *Ensayos y tratados sobre diversos temas* que se imprimió en Londres, en 1760. Después de esta última inclusión fue retirado de futuras compilaciones

por parte del propio Hume. Esta supresión merece nuestra atención, ya que nos abocaremos al estudio pormenorizado de este escrito. La explicación más consolidada entre los estudiosos de la obra de Hume de esta supresión es la expresada por Mossner (1970, pp. 141 y 142) en su reconocida biografía del filósofo. Según esta mirada, el ensayo en cuestión fue dejado de lado —junto a siete más— por el estilo que poseía, de claro corte addisoniano, y por ser considerado “frívolo” o “ligero” en contraposición con otros supuestamente “serios”. Si bien es verdad que el propio Hume advierte en su correspondencia que los siete textos suprimidos son “frívolos y prolijos”, no es menos cierto que en el prefacio de la primera edición de los *Ensayos* indica que su motivación general al publicarlos fue la de “someter estas fruslerías al juicio del público” (Trabal, 1995, notas 24 y 25). Si todos los ensayos pueden ser considerados “fruslerías”, no advertimos un gran potencial explicativo en la distinción entre ensayos “frívolos” y “serios” (antes que nada, porque no es fácil determinar qué características tendrían estos últimos), y creemos que es menester dar cuenta de la eliminación de algunos de ellos en base a otra hipótesis de lectura.

4

Sin extendernos mucho más sobre este tema, ya que no es el centro de nuestra investigación, seguimos la explicación dada por Jaume Trabal (1995, pp. 158-161) según la cual la supresión de algunos ensayos es debida a un movimiento en la escritura de Hume que va del estilo alegórico al dialogado. En una narración alegórica se nos instruye directamente —bajo la forma de la alegoría— sobre un principio moral a seguir, se nos dice qué debemos hacer y por qué con pinceladas fuertes y definidas; en la escritura dialogada, por su parte, nos encontramos con un elenco de voces que modelan el punto de vista del lector de manera indirecta, sin que prevalezca una opinión sobre otra. Según Trabal, la presencia de alegorías es evidente en ensayos como “Sobre la insolencia y la modestia” y “Sobre la avaricia”, entre otros, pero no es tan evidente en “Sobre el estudio de la historia”. Así y todo, y aceptando que no queda del todo claro por qué Hume retira este escrito en las ediciones posteriores a 1760, es cierto que en él encontramos indicaciones inequívocas acerca de qué se debe hacer y qué no en vistas de ser considerado parte de la humanidad instruida. Y son, precisamente, estos mandatos incuestionables, al menos en apariencia, los que se diluyen en una escritura dialogada que parece ser la elegida por Hume al reeditar su producción literaria.

II. Por qué debemos estudiar historia

En el ensayo que estamos examinando encontramos varios consejos para las mujeres y, aunque resta analizar si están dirigidos directamente a nosotras o a un público más bien masculino, el primero de ellos reza así: “No hay nada que recomendase más encarecidamente a mis lectoras que el estudio de la historia, una ocupación que se adapta mejor tanto a su sexo [*sex*] como a su educación [...]” (Hume, E, p. 563)² Cabe aclarar que no nos ocupamos aquí de determinar qué características posee el sexo femenino según Hume, esto es, si es considerado cualitativamente diferente (léase inferior) al masculino, o no. Baste con indicar que las mujeres somos capaces de aprender a leer y a escribir y, por lo tanto, de acceder a un conjunto de conocimientos que hacen a la formación general de nuestra especie. La desigualdad central, desde el punto de vista del tema de nuestro estudio, se da entre personas que han recibido instrucción y aquellas que no, con el agregado empírico de que la mayoría de las mujeres no accedía, durante el siglo XVIII en Inglaterra, a una educación institucionalizada³.

No es fácil precisar en pocas líneas qué entiende Hume por “naturaleza humana” (Calvente, 2016), de todas maneras, es claro que considera que las opiniones y creencias que se han adquirido a través de la educación deben ser entendidas como una “segunda naturaleza”. Esto es, como regularidades —en principio secundarias— que se afianzan fuertemente en la vida cotidiana de las personas, sobre todo si han sido inculcadas a temprana edad (Hume, T 1.3.9.17)⁴. Las costumbres y el hábito tienen, a veces, incluso más influencia en la acción y el pensamiento que el raciocinio y la experiencia propia (Hume, T 1.3.9.19). Tal es así, que en toda la especie humana la educación, entendida como “la repetición constante de una idea”, es la fuente de la mayoría de nuestras convicciones. En este sentido amplio de lo que entiende Hume por “educación” están incluidas la mayoría de las prácticas de sociabilización humana, que van desde la adquisición de un lenguaje particular hasta el entrenamiento bélico, por ejemplo. Así, la lectura y el estudio de una disciplina o ciencia particular tienen un impacto acotado en la formación general del género humano, pero no por eso son

² El número de página corresponde a la edición de Eugene F. Miller (1987).

³ La educación del mismo Hume comenzó en su hogar con tutores (seguramente varones jóvenes) recién egresados de los *Colleges* que cobraban poco y trabajaban en distintas familias. En 1722 entró, con once años, al Colegio de Edimburgo (Universidad de Edimburgo) en el cual estudió durante tres años para luego dejarlo sin graduarse. La Universidad de Edimburgo fue, precisamente, la primera en Inglaterra en abrir las puertas a la matriculación de mujeres en 1869 (fue la primera universidad mixta); hubo instituciones universitarias en EE.UU. que lo hicieron con anterioridad, pero con matrícula únicamente femenina.

⁴ La numeración del *Tratado* corresponde a la edición de Norton & Norton (2011).

menos atendibles, más aún por parte de una filosofía que pretende modificar una buena parte de lo que es tenido por cierto.

No es llamativo que Hume encuentre en el estudio de la historia, además de la afición personal que tiene por él, un tipo de relato que puede moderar o modificar ciertas convicciones, aunque sea de manera lenta e indirecta. Aun así, en “Sobre el estudio de la historia”, que es anterior a la escritura de la *Historia de Inglaterra*, lo que encontramos es una exaltación enfática de los beneficios de esta ocupación, antes que un análisis pormenorizado de sus ventajas y desventajas: “¿Qué espectáculo más magnífico, variado e interesante cabe imaginar? ¿Qué diversión, ya sea de los sentidos o de la imaginación, puede comparársele?” (Hume, E, p. 566). Expresiones que incluso contradicen otros pasajes del mismo ensayo citado en las cuales se admite que estudiar historia puede ser algo tedioso y aburrido. Esta tensión entre lo que se espera que sea el estudio de la historia y lo que efectivamente puede llegar a ser también puede observarse, aunque de manera mucho más sutil, en el *Tratado de la naturaleza humana*. Así, si en el inicio (Hume, T 1.3.7.8) se afirma que los relatos históricos son más divertidos que los ficcionales y que, a su vez, las ideas que representan se imprimen en la mente de quien los recibe de manera más fuerte y vívida que las de la poesía, a lo largo de esta primera obra estas dos convicciones son, no ya corregidas, pero sí abandonadas por el filósofo (al tiempo que se hace más compleja la distinción entre memoria e imaginación). De todas maneras, Hume sostiene en su ensayo que la primera ventaja que aporta el estudio de la historia es que es una ocupación que entretiene la imaginación; afirmación que resuena, quizás, más como una expresión de deseo que como respuesta generalizada por parte de los lectores.

El segundo beneficio que se sigue del análisis de los sucesos del pasado es que “mejora el entendimiento”, y lo hace de una manera muy simple: amplía la experiencia. Tal como leemos en el *Tratado de la naturaleza humana*: “Me formo una idea de Roma, ciudad que ni veo ni recuerdo, pero que está unida a impresiones que recuerdo haber recibido en la conversación y en los libros de viajeros e historiadores.” (Hume, T 1.3.9.4). Y estas charlas y crónicas instruyen a todo aquel que esté interesado en conocer algo sobre nuestra condición, porque extienden las fronteras de la experiencia más allá de la convivencia y del mundo de las enemistades y los afectos cotidianos. Los relatos históricos (más allá de las dificultades que suponen tanto su elaboración como la determinación de su valor de verdad) son siempre, para Hume, ampliación de la experiencia ya que están vinculados, aunque sea de manera remota y a través del testimonio de otros, con cuestiones de hecho. Este aspecto es central para una filosofía empirista y es seguramente el

motivo por el cual el fin de la historia es, tal como se enuncia literalmente en *Sobre la norma del gusto* (Hume, E, p. 240), ni más ni menos que instruir al género humano. El estudio de los acontecimientos pasados permite examinar los móviles de las acciones humanas y sus consecuencias de manera precisa y, al mismo tiempo, acabada. La tarea del historiador consiste en desentrañar las regularidades que explican las pasiones y la conducta de los seres humanos a partir de la experiencia concreta, sin limitarse al examen de situaciones del presente y sin dejarse llevar por la auscultación de estereotipos abstractos de lo que se entiende por “humanidad”.

La relevancia de la historia para la instrucción del género humano radica, precisamente, en que permite advertir los resortes concretos que dirigen las acciones humanas, esto es, son relatos que iluminan los afectos y los intereses reales que anidaron en la mente y en el corazón de personas de otros tiempos. La fortaleza y el potencial que advierte Hume en las narraciones acerca del pasado radican en que no son relatos ficcionales (o, al menos, no está en la intención de quien los escribe que lo sean). Así, en vistas de modificar lo que se considera nuestra “segunda naturaleza” el valor del estudio de la historia es, para el filósofo, incalculable; más aún en aquellas épocas en las que abundan las creencias supersticiosas y los fanatismos. Es en este sentido amplio que el examen de los eventos del pasado mejora el entendimiento, ya que permite advertir los colores primarios que predominan en el complejo lienzo de las relaciones humanas y, al mismo tiempo, modera la imaginación en su uso ficcional o libre, cuyas pinceladas prescinden de las leyes de asociación y del testimonio de los sentidos. Pero el análisis de lo ya ocurrido no solamente permite descifrar aquello que se repite, también habilita a vislumbrar lo que de otra manera no se hubiera siquiera imaginado, y esa es otra de sus incalculables ventajas. Tal como leemos en “Sobre el comercio”, de 1752:

Es bien sabido con qué peculiares leyes se gobernó Esparta y por qué prodigio la tienen con justicia cuantos han considerado la naturaleza humana tal como se ha desplegado en otras naciones y en otras épocas. Si el testimonio de la historia fuera menos seguro y detallado, un gobierno tal se antojaría una mera ficción o capricho filosófico, que nunca habría podido llevarse a la práctica. (Hume, E, p. 259.)

Los relatos históricos iluminan también aquello que es novedoso y, en este sentido amplio, fascinan y atraen la atención del público. Dicho de otra manera, permiten ampliar el horizonte de lo que se piensa como posible y

de lo que se cree que se puede llegar a hacer, sin dedicar sus páginas a la descripción de ciudades con pavimentos de oro y muros de rubíes.

La tercera ventaja que aporta el estudio de la historia es que fortalece la virtud. Según Hume, el punto de vista del historiador debe ser desinteresado en varios aspectos: no ha de juzgar el arte de otras épocas a la luz de los gustos que cultiva la propia, no ha de abrir juicio sobre las formas de gobierno del pasado y no debe imponer sus preferencias religiosas o políticas al describir los acuerdos y desacuerdos de otros tiempos, pero no puede ser indiferente respecto de las valoraciones morales. Para el filósofo, la historia debe ser narrada desde un punto de vista moral, esto es, resaltando el carácter virtuoso de quienes han jugado un papel destacado en otros tiempos y condenando sus vicios. La mirada de quien hace historia se asemeja a la del legislador universal en tanto y en cuanto tiene como criterio regulador la búsqueda del bienestar común. Es por esto por lo que Hume rescata, al final del ensayo que estamos analizando, a Maquiavelo como un valioso narrador del pasado, pero lo condena como gobernante por la atrocidad de los métodos que propone. Es interesante destacar esta comprensión que tiene Hume de la escritura de la historia que, según parece, está plasmada en la composición de su propia *Historia de Inglaterra* como una continuación de la labor filosófica indicada en textos precedentes (Ujaldón, 2013). La tarea del pintor, que se sugiere al final del *Tratado de la naturaleza humana*, coincide con esta valoración moral del pasado en la cual las emociones que movilizan a los hombres y a las mujeres concretos son retratadas en cada detalle, aunque siempre a la luz de pasiones universales que, a su vez, pasan por el filtro de aquello que es considerado agradable y útil. Así, la lectura de la historia fortalece la virtud porque ella misma está escrita de manera desinteresada en lo personal, pero teniendo en cuenta cierta valoración, más o menos general, del bienestar de la humanidad.

Es bastante claro y, al mismo tiempo, consistente con la propuesta filosófica humeana que a quienes carezcan de instrucción se les recomiende el estudio de la historia, cuyas ventajas principales son ampliar al ámbito de la experiencia posible y fortalecer la virtud, dos de los pilares centrales de la educación para Hume. En este sentido, es más que evidente por qué las mujeres debemos dedicarnos a la lectura de textos históricos, más aún en una época en la cual no existían prácticas, más o menos afianzadas, que nos permitieran el ingreso al mundo de las artes y las ciencias. La tarea de quién se dedica a la escritura de la historia consiste en presentar los eventos del pasado bajo cierta unidad, a partir de la aplicación de las

leyes de asociación (Hume, EHU, 3, pp. 22 y 23)⁵, y dicho material es, por esto mismo, fundamental para todo lector que se proponga ejercitar el entendimiento. De esta manera, el análisis de lo acaecido en otros tiempos amplía y profundiza la comprensión de los asuntos humanos sin caer en abstracciones o en fanatismos supersticiosos.

Sin lugar a duda, es menester analizar con mayor profundidad la tensión entre verdad y ficción en la concepción que posee Hume de la escritura de la historia, tarea que no llevamos adelante en el presente trabajo. Así y todo, es innegable el potencial que ve el filósofo en el análisis de los eventos del pasado. Asimismo, las consecuencias que se siguen de dichas investigaciones son más que prometedoras para varios campos del conocimiento y de la vida en común, como son el análisis y la valoración de las formas de gobierno, de los sistemas de justicia, de las prácticas religiosas y del cultivo de las artes. Dicho una vez más, que Hume “recomiende encarecidamente” la lectura de libros de historia a cualquier persona que pretenda ampliar su formación es un consejo que se desprende de los principios que abraza su propia filosofía.

III. Por qué no debemos leer novelas

En el primer párrafo del ensayo que estamos analizando Hume recomienda a sus lectoras los textos de historia cuyos beneficios, tal como hemos expuesto, son más que evidentes para todo aquel que desee mejorar su formación. Ahora bien, inmediatamente agrega una frase que es motivo de análisis de la presente investigación, esto es, que el estudio de la historia es una ocupación “mucho más instructiva que esos comunes [*ordinary*] libros de entretenimiento y esas malas [*serious*] composiciones que comúnmente se encuentran en sus armarios” (Hume, E, p. 563). Unas líneas más abajo incluso agrega: “debo confesar que lamento verlas con tanta aversión por las cuestiones de hecho y con tanto apetito por las falsedades” (Hume, E, p. 564). Y, si bien gran parte del ensayo se dedica a mostrar las bondades del análisis de los eventos pasados, tal como indica su título, no es tan evidente por qué desaconseja, de manera tan enfática, el contacto con ciertos libros que son calificados con epítetos tan llamativos. Desentrañar los motivos de esta, no digamos ya prohibición, aunque sí, al menos, censura es el objetivo de nuestra investigación y de lo que resta del presente trabajo.

Ahora bien, antes de comenzar a indagar por qué se nos intenta disuadir de ciertas lecturas nos interesa analizar brevemente el tono en el cual está

⁵ El número de páginas de la *Investigación sobre el entendimiento humano* corresponde a la edición de Buckle (2007), en las traducciones al español comúnmente no se encuentra esta parte de la sección 3.

escrito el ensayo *Sobre el estudio de la historia* y la manera en la cual se dirige al público femenino. La primera pregunta que salta a la vista es si está destinado directamente a las mujeres o si habla sobre nosotras a lectores masculinos. Para la redacción su autor eligió la primera persona del singular, no obstante, ya en las primeras líneas usa también la primera persona del plural para referirse a su propio género, y la tercera del plural para el femenino [*us/our- them/their*]. Esto no debería llamarnos la atención ya que es un modo de escritura estándar, que incluso hemos adoptado en este trabajo, si no fuera que observamos algunos giros que, si bien en español pueden ser ambiguos, raramente lo sean en inglés. Por ejemplo, el pasaje que citamos anteriormente: “debo confesar que lamento verlas con tanta aversión [...]”, en su lengua original es: “I am sorry to see them have such an aversion”, usándose *them* en lugar de *you*, elección que se repite a lo largo del texto. Estos son indicios, siempre parciales, de que el ensayo en cuestión no se dirige de manera directa a las damas lectoras de la época. Otra sospecha, en este mismo sentido, es la confesión que realiza Hume en el primer párrafo de haber engañado a “una bella joven, hacia la que me sentía atraído” haciendo pasar las *Vidas* de Plutarco por un libro de mera ficción. En la descripción de su propia mentira Hume no solo no la disimula, sino que la expone como un rasgo varonil valioso: “así que resolví no hacer uso de armas envenenadas contra ella”, esto es, no enviarle escritos románticos; aunque sí consideró oportuno tramar un engaño que la joven advirtió recién cuando “llegó a las vidas de Alejandro y César, cuyos nombres había oído por casualidad”. Esta narración en la cual se detalla, sin más, una mentira planificada y se subraya la escasa instrucción de la involucrada que solo le sirve para librarse tardíamente del engaño, este relato, decimos, no parece estar destinado a un público femenino, o al menos no a uno que tenga una mínima empatía con la “bella joven” que solo “deseaba que le enviase algunas novelas y romances para su diversión en el campo”.

Vuelve, entonces, la pregunta por el motivo por el cual no debemos leer relatos románticos, mandato que el filósofo considera tan imperioso que lo habilita a ciertas prácticas que, en otro contexto, serían reprochables. Pero antes de avanzar en el bosquejo de alguna respuesta más o menos consistente, veamos qué se entendía en la época por “novelas y romances”.

III. 1 Las ficciones románticas

El siglo XVIII vio nacer y multiplicarse, en Inglaterra, la edición y la comercialización de novelas y de libros de historia. Lo que en su ensayo Hume llama “*novels and romances*” es conocido hoy con el nombre de *amatory fiction*, del cual no existe un correlato extendido en la lengua española.⁶ Poco se sabe de este género literario en nuestra lengua y, hasta inicios del presente siglo, tampoco fue muy estudiado por los amantes de la literatura inglesa. Lo cierto es que este tipo de relatos fue muy popular a finales del siglo XVII y hasta más de la mitad del siglo XVIII, siendo muchas veces considerado antecedente de la novela romántica. La primera caracterización que encontramos de este género es que es un tipo de narrativa escrita por y para mujeres, tal como indica el estudio de Ros Ballaster (1992) que fue el que dio, recién a finales del siglo XX, las primeras claves de comprensión de estas producciones. Tanto el “por” como el “para” pueden revisarse y, efectivamente, hay trabajos más actuales que ya lo han hecho (Gonzales, 2017). De todas maneras, sigue en pie la gran novedad con la cual son gestadas estas narrativas románticas: son escritas por mujeres, algo inédito desde la aparición de la imprenta. Que las mujeres puedan escribir, que la venta de sus textos sea tan exitosa que les permita, a su vez, vivir de la escritura es un hecho nunca antes registrado y aparece con la publicación de lo que se ha llamado, posteriormente, *amatory fiction*.

Los nombres de Aphra Behn, Delarivier Manley y Eliza Haywood son los que más resuenan entre las escritoras inglesas, nombres que quizás ni siquiera conoceríamos de no ser por las investigaciones realizadas a finales de siglo XX cuyo objetivo central era recuperar sus obras literarias y comprender cómo fueron receptadas en su época. Sin pretender dar una mirada acabada sobre estas nuevas producciones podemos caracterizarlas como escritos en los cuales el deseo —principalmente el deseo erótico— ocupa un espacio público, no privado (Gonzales, 2017, pp. 11ss.). Los temas sobre los cuales versa la *amatory fiction* son, de manera más o menos consensuada, los del amor sentimental, el placer sexual y las formas de seducción femeninas, entre otros. También se ha considerado, más de una vez, que este tipo de producciones tiene como finalidad la seducción de las lectoras a través de un doble proceso: mostrándoles los móviles de la atracción romántica, pero volviéndolas, al mismo tiempo, presas de la

⁶ A falta de este equivalente, usaremos el nombre en inglés. Una buena opción en nuestra lengua es, tal como hemos usado en el subtítulo de este apartado: “Ficción romántica”. De todas maneras, preferimos mantener el nombre en su idioma original para no generar confusiones con otros géneros literarios. En italiano, por su parte, la traducción es *Narrativa d'amore*.

pasión que se describe. Esta idea, según la cual las escritoras usaban “armas envenenadas” en sus composiciones, acompañó a este género literario desde su nacimiento y hasta finales del siglo XX.

No vamos a incursionar aquí en la disputa acerca del estatuto de la *amatory fiction* en relación con la novela propiamente dicha y, por ende, acerca del rango literario de cada una de ellas; simplemente porque, por un lado, no es el objetivo de este escrito y, por el otro, porque esta discusión es posterior al momento en el cual Hume publica *Sobre el estudio de la historia*. Lo que sí nos interesa es familiarizarnos, al menos un poco, con el tipo de narraciones que el filósofo desaconseja. Y consideramos que dicho acercamiento es posible a través de una doble vía: indagar cuál era la opinión más o menos generalizada acerca de estas ficciones románticas a mediados del siglo dieciocho y recuperar, asimismo, aquello que pueden aportar los estudios actuales sobre el tema a los fines de comprender, a la luz de estas nuevas investigaciones, las valoraciones pasadas. Ahora bien, en este proceso hay algo en lo que parecen coincidir tanto las apreciaciones de nuestra época como aquellas contemporáneas a la aparición de los romances, a saber: que es muy difícil separar la recepción y la valoración de una obra de la de su autora. Es por esto por lo que nos parece oportuno realizar un brevísimo repaso de la vida de una de estas flamantes escritoras y de una de sus novelas más conocidas.

12

III. 2 *Eliza Haywood: Love in Excess; or, The Fatal Enquiry, A Novel*

No se sabe mucho sobre el lugar y la fecha exacta del nacimiento de Eliza, cuyo nombre completo es Elizabeth, se supone que su apellido paterno era Fowler, pero ella misma nunca lo utilizó. Poca información hay de su infancia, pero parecería que no perteneció a una familia con un buen pasar económico. El primer registro que se tiene de ella es en 1714 cuando ingresa, a los 21 años, en una obra de teatro, ocasión en la cual se hizo llamar “Haywood” a raíz de un supuesto casamiento con un hombre de ese apellido⁷. No son ciertos los rumores que sostienen que fue la esposa del Reverendo Valentine Haywood y que, luego de una fuga, tuvo dos hijos extramatrimoniales. Lo único que se puede suponer es que su marido murió o desapareció. No hay datos ciertos sobre sus hijos, pueden haber muerto jóvenes o se separaron de su madre a una edad temprana. No volvió a casarse (King, 2016, pp. 1-16).

⁷ Hay que recordar que las mujeres angloparlantes tomaban (y aún toman) el apellido del esposo al casarse.

La información que acabamos de dar es, a la luz de las últimas investigaciones de las que disponemos, la única fiable y, efectivamente, echa por tierra la mayoría de los rumores y las anécdotas falsas que han rondado la vida de Eliza hasta no hace mucho tiempo. De hecho, muchas de las objeciones que recibió al publicar sus escritos fueron ataques contra su vida personal: la identidad de su marido, la paternidad de sus hijos, sus amoríos extra-matrimoniales; antes que sobre la calidad de su prosa. Desmerecer a la persona para así desalentar el contacto con sus obras es una jugada más que conocida por parte de los críticos, pero en el caso de las escritoras es más que evidente y recurrente, siendo las embestidas en contra de su condición de mujer, esto es, en su desempeño como madres y esposas. Un claro ejemplo son las líneas que le dedica Alexander Pope en *The Dunciad*⁸, como así también la ya conocida frase de Jonathan Swift al llamarla “stupid, infamous, scribbling woman”, para luego admitir que no leyó ninguna de sus producciones⁹. Descalificar a la autora antes que a sus composiciones, hablar de su desempeño como mujer antes que como escritora ha sido, hasta hace poco tiempo, la manera más recurrente de dar cuenta de la obra de Eliza Haywood. No pretendemos revertir esta tendencia en este trabajo, aunque sí, al menos, hacerla explícita a los fines de comprender el tipo de recepción que tuvieron las ficciones románticas durante la primera mitad del siglo XVIII en Inglaterra.

A contramano de la crítica, el éxito editorial de la primera novela de Eliza Haywood, *Love in Excess*, fue apabullante. Se publicó en tres partes, entre 1719 y 1720, y tuvo varias reimpresiones posteriores con agregados editoriales novedosos. Hasta el día de hoy, y por lo que sabemos, no ha sido traducida a otra lengua. Las abultadas ventas que cosechó con su primer libro le permitieron a Haywood convertirse, rápidamente, en una autora profesional, esto es, a dedicarse a la escritura como sustento de vida. Esta fue una experiencia nunca antes vista: que las mujeres pudieran mantenerse económicamente con sus publicaciones. En este sentido, la salida de la

⁸ See in the circle next, Eliza plac'd,
Two babes of love close clinging to her waist;
Fair as before her works she stands confess'd,
In fl'w'rs brocade by bounteous Kirkall dress'd,
Pearls on her neck, and roses on her hair,
And her Fore buttocks to the navel bare.
(Pope, 1728, II, 140, p. 22)

Pope abre un manto de sospecha sobre la paternidad de los hijos de Eliza al tiempo que refuerza el rumor de sus amoríos.

⁹ Las palabras de Swift están en una carta a la condesa de Suffolk de 1731 (Fitzgerald, 2006, p. 5).

prensa de *Love in Excess* abrió el camino a futuras novelas, diarios y escritos periódicos que consolidaron a su autora en esta ocupación, al tiempo que abandonó su no tan prometedor carrera como actriz (King, 2016, pp. 23-24).

14 *Love in Excess* cuenta la vida sentimental de Alovisa y Amena dos jóvenes que, a raíz de cierta confusión debida a las costumbres de la época y del lugar que le correspondía a las mujeres en el arte del cortejo, se enamoran, casi al mismo tiempo, del conde D'Elmont. En el relato se despliegan los pesares, los deseos, las inseguridades y las pasiones de estos tres personajes cuyas vidas están signadas por los desencuentros y la falta de experiencia amorosa. Mucho se ha escrito en las últimas décadas sobre el contenido de esta novela. Sin explayarnos demasiado aquí, ya que no es el propósito de este escrito, podemos decir que la característica principal, que ya mencionamos anteriormente, es la de llevar a la esfera pública el debate acerca del deseo erótico, principalmente del deseo femenino. El conde D'Elmont se presenta en un inicio como completamente inadvertido respecto de su propia sensualidad, mientras que Alovisa y Amena se esfuerzan, cada una según sus habilidades y su posición social, para atraer su atención. A lo largo de la novela se detallan, asimismo, muchas de las convenciones a las cuales se encuentran sujetas las dos damas implicadas y se muestra cómo aquello que es construido socialmente inhabilita la expresión de su propio sentir.

Es bajo esta lupa que a inicios de este siglo las primeras novelas de Haywood, y con ellas *Love in Excess*, han sido recuperadas como pertenecientes a una incipiente tradición feminista en tanto y en cuanto desnaturalizan ciertas creencias acerca de lo que debemos o no debemos hacer las mujeres en cuestiones amorosas (Pérez Curiel, 2020). En este mismo sentido, ya hace un tiempo que la producción literaria de las novelistas del siglo XVIII se ha leído como un espacio en el cual las mujeres podían expresar las vicisitudes sentimentales de su vida privada, algo completamente novedoso para la prosa inglesa de la época (Benedict, 1998).

III. 3. Hume y su apreciación de las ficciones románticas: algunas hipótesis de lectura

Cuando Hume publica *Sobre el estudio de la historia* la lectura de novelas y romances que hoy conocemos como *amatory fiction* era una práctica ampliamente difundida, sobre todo por parte del público lector femenino. La prolífica escritura de autoras como Eliza Haywood (más de una vez acompañada por escándalos en los cuales se vieron involucrados personajes de la vida pública) difícilmente haya sido desconocida por el filósofo ya

casi promediado el siglo XVIII. A la publicación de *Love in excess* (1719-1720) le siguió la de *The British Recluse: Or, the Secret History of Cleomira, Suppos'd Dead* (1722), luego se sumaron las llamativas *Memoirs of a Certain Island Adjacent to the Kingdom of Utopia* (1724–1725), *Lasselia: or, the self-abandon'd* (1724), *Fantomina; or, Love in a Maze* (1725) y *The Anti-Pamela; or Feign'd Innocence Detected* (1741) que salió de la prensa el mismo año que el ensayo de Hume que estamos examinando. Es difícil, insistimos, sostener que el filósofo desconocía completamente este tipo de literatura; por el contrario, y sin pensar que en su escrito haga referencia directa a alguno de los títulos antes mencionados, sí cabe suponer que tenía una idea bastante clara (ya sea por contacto directo o por las opiniones de los críticos) de las ficciones románticas de la época. Aún más, y como ya hemos señalado, no sólo parece estar al tanto del contenido de estas novelas, sino que desaconseja su lectura precisamente a las mujeres; a sabiendas, sin lugar a duda, de lo asiduas que eran en aquel tiempo a pasarse horas sumergidas en las páginas de aquellas historias sentimentales.

No pretendemos en lo que sigue dilucidar el motivo único por el cual Hume condena la lectura de novelas, objetivo quizás inalcanzable, ya que el propio filósofo no lo hace explícito en sus escritos. Ofrecemos, en cambio, algunas hipótesis que intentan dar cuenta, de manera parcial, de esta censura, quedando en manos de los y las lectoras la adhesión a alguna de ellas (o a ninguna) en base a sus propias lecturas y afinidades con la filosofía humeana. La primera conjetura que proponemos es que Hume desaconseja las ficciones románticas debido a los efectos que puede tener la afición a los textos literarios en mentes no cultivadas. Si a esto sumamos las críticas que recibieron los escritos de Eliza Haywood, por ejemplo, de parte de Alexander Pope y de Jonathan Swift, no es de extrañar que el filósofo considere que este tipo de lectura es prescindible.

Esta opinión, quizás debida a un espíritu de época acerca de la *amatory fiction*, hay que analizarla a la luz de la gran pasión que sintió Hume por la literatura desde temprana edad y de muchas de las reflexiones acerca de este tipo de escritura que encontramos en su obra. Ya en el *Tratado de la naturaleza humana* se nos indica que debemos disculpar a los poetas en su afán de personificar todas las cosas “porque confiesan seguir implícitamente las sugerencias de su fantasía” (Hume, T 1.4.3.11), esto es, crean, a sabiendas, una serie de eventos imaginarios con el fin de entretener. Y, teniendo en cuenta que uno de los grandes desafíos de la filosofía humeana ha sido poder distinguir entre los contenidos de la memoria y los de la imaginación libre, no es de extrañar que los relatos ficticios despierten ciertas alertas. La capacidad de proponer mundos poblados de seres imaginarios lleva consigo, de manera

embrionaria, el riesgo de que se llegue a creer en ellos a fuerza de repetición y, por lo tanto, de que el pensamiento se aferre, más temprano que tarde, a fabulaciones que lo alejan del ámbito de la experiencia compartida¹⁰. Es por esto por lo que Hume ve con mejores ojos que se promueva la lectura de libros de historia antes que de cualquier relato de romances o aventuras que no representan los intereses y las pasiones concretos de los seres humanos. En efecto, en los relatos literarios no encontramos ningún testimonio que supongamos fidedigno, aunque sea de manera mediada, algo que es central en la escritura y en la recepción de textos de historia. Las ficciones románticas llevan la mente a escenarios fingidos e irreales y, por eso mismo, contienen el peligro incipiente de conducirla a forjarse ideas erróneas de la naturaleza humana. Y, dado que la preocupación por corregir dicho equívoco recorre gran parte de la obra del filósofo, es comprensible que desaconseje su compañía, máxime a un público poco instruido.

Tal como ya mencionamos la pasión por las lecturas de ficción nació en Hume a muy temprana edad y se fue alimentando con los años. Así, junto al interés por encontrar en criterio en materia de gusto e indicar, al mismo tiempo, la vía para refinar la propia sensibilidad, el filósofo se mantuvo siempre atento a los riesgos que supone dar rienda suelta a la imaginación en su uso libre o creativo. Cabe transcribir un fragmento de una carta de los últimos días del filósofo, allí leemos:

Si tuviera un hijo, le advertiría sobre los peligrosos atractivos de la literatura tal como el rey James hizo con el suyo acerca de los de las mujeres; aunque, si su inclinación fuera tan fuerte como la mía en mi juventud, es muy probable que la advertencia sería tan inútil en un caso como en el otro. (Mossner, 1970, p. 40, HL I 461)

Siguiendo, entonces, esta primera hipótesis que hemos presentado, todo texto literario lleva consigo cierto riesgo en tanto y en cuanto puede interferir con una buena instrucción, entendiendo por esta un proceso de ampliación de la experiencia común y un refinamiento de la sensibilidad en cuestiones de gusto. Las *amatory fictions* no aportan nuevos elementos a la experiencia posible y, a juzgar por la crítica, tampoco moderan y suavizan las pasiones.

La segunda vía de lectura la tomamos de la interpretación que brinda Enrique Ujaldón (2013) de la *Historia de Inglaterra*. Según su mirada, el propósito de Hume en su labor como historiador no consiste, tal como quizás la comprendemos hoy, en examinar fuentes y corroborar datos; su objetivo

¹⁰ Un claro ejemplo de este tipo de convicciones es la creencia en los milagros que Hume analiza y refuta en la Sección X de la *Investigación sobre el entendimiento humano*.

es, antes bien, ofrecer ciertos rasgos generales de aquello que se considera un carácter virtuoso. Así, y en base al trabajo de otros historiadores, el propósito central es mostrar la vida concreta de hombres y mujeres movidos por pasiones reales bajo la lupa de valoraciones morales más amplias. Ese camino filosófico, el del pintor, que va tomando forma en la conclusión de la *Investigación sobre los principios de la moral*, supone ofrecer ejemplos de cómo el sentir impacta en las acciones y en la toma de decisiones con la expectativa de subrayar la importancia de las pasiones calmas para una vida basada en la fuerza de espíritu y la tolerancia. Enrique Ujaldón afirma, incluso, que la intención de Hume como historiador es dirigirse al público lector que había sido, durante varias décadas, cautivado por las novelas sentimentales. Es por esto por lo que la *Historia de Inglaterra* no fue concebida como un material para sabios y eruditos sino, antes bien, para quienes carecían de instrucción, y cuyos beneficios ya entreveía el filósofo en el ensayo que hemos analizado. De más está decir que Hume fue reconocido en su época como “El historiador” debido al éxito editorial de su obra capital que él mismo vio florecer y multiplicarse.

Ahora bien, en el devenir de eventos que Hume como historiador va hilvanando bajo las leyes de causalidad y contigüidad es central la figura del héroe sentimental. Y este héroe no es un personaje trágico, no se ve sobrepasado por la propia materialidad ni por las circunstancias que lo rodean; por el contrario, es un héroe virtuoso, reconoce su propio destino, se sobrepone a él y lo acepta dignamente. Tal como lo describe Ujaldón es un personaje típicamente moderno: tiene buenos modales, respeta los usos y las costumbres de la época y se presenta moldeado por el mundo civilizado en el que le toca vivir. El personaje masculino de las ficciones románticas, por su parte, también es un héroe sentimental, pero, a diferencia del virtuoso, se ve arrastrado y dominado por sus pasiones. Es educado y respetado en sociedad, pero no logra sobreponerse a su propia debilidad. Se rinde de cara a los acontecimientos en lugar de aceptarlos y esgrimir aquello que considera justo. En términos humeanos, carece de fortaleza de espíritu. El conde D’Elmont es un claro ejemplo de este tipo de héroe trágico: descubre su propia sensualidad por el llamado de otros, es presa de confusiones que le juegan malas pasadas a él y a quienes lo rodean e infringe pesar y daño a otros sin percibirlo. Al final de su vida, y luego haber huido de su propia tierra, regresa para establecerse y redimirse en una convivencia conyugal. A diferencia de los personajes femeninos de *Love in Excess*, cuyas acciones se ven limitadas por aquello que estaba permitido y censurado en el ámbito público, el conde aparece arrojado a actuar según dicten las circunstancias en las que se encuentra, sin una voluntad forjada al calor de la experiencia.

No es de extrañar, entonces, que Hume considere inadecuada la lectura de ficciones románticas cuya figura masculina central es tan particular y contraria al cultivo de un carácter virtuoso. Es más, esta opinión parece haberse gestado y desarrollado en el filósofo a muy temprana edad. En un escrito de su autoría titulado “An Historical Essay on Chivalry and modern Honour” que data, según cuenta Mossner (1970, pp. 46-48), de la época en la cual era estudiante del Colegio de Edimburgo, esto es, a los catorce años, Hume expone una contundente crítica contra la “falsa caballería gótica”, debido a la corrosión de los ideales clásicos de virtud que genera. Y es especialmente duro con la imagen del caballero que esgrime este tipo de literatura: un ser subsumido y arrastrado por alguna damisela cuyo destino rige las aventuras que ha de pertrechar, y acaso sufrir, con el único objetivo de ganar su mano. El protagonista de estas narraciones pasa por pruebas desagradables e inútiles en vistas de alcanzar un fin de características similares. Las semejanzas entre el héroe sentimental trágico y el caballero típico del amor cortés son más que evidentes, al igual que la condena de Hume a cualquier modelo de masculinidad que no esté anclado en un carácter virtuoso, es decir, uno cuyas acciones no tengan como meta el bienestar común.

Tal como también indica Mossner (1970, p. 47) la crítica de la caballería se mantuvo firme en el pensamiento de Hume desde su juventud y aparece reafirmada, bajo la forma de un análisis histórico, en el Apéndice a la *Historia de Inglaterra* de 1762. Allí, luego de indicar que los normandos parecen ser quienes introdujeron las costumbres caballerescas, ya que “no se encuentra ninguna huella de esas fantásticas nociones entre los sencillos y rústicos sajones”, agrega, después de describir al típico caballero y sus supuestos códigos de enfrentamiento, lo siguiente:

Estas ideas de caballería infectaron los escritos, la conversación y la conducta de los hombres durante algunas épocas; e incluso luego de que fueran disipadas, en gran medida porque se reavivó la enseñanza, dejaron la moderna *galantería* y la *cuestión de honor* que aún mantienen su influencia y son descendientes genuinas de aquellas afecciones antiguas (Hume, AHI, p. 151).

Bajo esta luz, es comprensible que Hume esté atento al peligro de lo que él considera una vuelta atrás hacia costumbres no deseadas y superadas, y que mire, por lo tanto, con sospecha cualquier historia de amoríos en la cual la figura masculina es subsumida a la de una dama o consumida por luchas inútiles.

La última hipótesis que queremos delinear es un tanto más general y supone una lectura particular de las *amatory fictions*. Si, tal como sostienen varias interpretaciones actuales, estas novelas permitieron a las mujeres explorar algunos temas pocas veces discutidos y debatidos en la esfera pública del momento, como pueden ser la convivencia en la vida matrimonial, el cuidado de los hijos, el deseo sensual, la obligación de castidad, entre otros, desaconsejar su lectura responde al intento de desarticular las reflexiones que allí se proponen debido a que despliegan un modelo de femineidad que no debe emularse. Recordemos que Hume advierte en el ensayo que estamos analizando que el estudio de la historia es beneficioso para las mujeres ya que “may contribute very much to their quiet and repose”¹¹. Cabe recordar que en español “quiet” ha sido traducido como “tranquilidad”, aunque sabemos que en inglés también sugiere el hecho de quedarse en silencio. Parecería, entonces, que la lectura de novelas alborota, genera emociones que no son calmas. Es sabido que uno de los objetivos de la filosofía humeana es apaciguar las pasiones, y que la escritura de ensayos contribuye especialmente a dicha meta (Immerwahr, 1991), aunque comúnmente la estrategia del filósofo es hacerlo de manera indirecta y no como aparece reflejado en el texto que estamos examinando.

Ahora bien, la tranquilidad que podemos encontrar las mujeres en los escritos de historia es debida a la instrucción que nos aporta con respecto a dos cuestiones: “*That our sex, as well as theirs, are far from being such perfect creatures as they are apt to imagine, and, That Love is not the only passion, which governs the male-world, but is often overcome by avarice, ambition, vanity, and a thousand other passions.*” (Hume, E, p. 564)¹². Con esta simple afirmación Hume parece aceptar que la experiencia de las impresiones internas, esto es, de las pasiones, no es completamente uniforme y que hay (o puede haber) variaciones según se trate de un sexo o de otro. Así y todo, luego de indicar que ninguno de los dos es perfecto y que no es recomendable idealizarlos, indica cuáles son las pasiones que predominan en el *male-world*, esto es, “la avaricia, la ambición la vanidad y miles de pasiones más”, con las cuales parece estar bastante familiarizado. La pregunta, o al menos la inquietud, por el tipo de emociones que habitan el mundo femenino no aparece. La experiencia interna, entonces, se despliega en torno de un centro bastante claro y delimitado: el de la vivencia masculina.

¹¹ “puede contribuir mucho a su tranquilidad y reposo”

¹² “que nuestro sexo, tanto como el suyo, está tan lejos de estar conformado por las criaturas perfectas que ellas son capaces de imaginar; y que el amor no es la única pasión que gobierna el mundo masculino, sino que frecuentemente se ve supeditado a la avaricia, la ambición, la vanidad y mil pasiones más.”

E incluso no de cualquier vivencia, sino de aquella presente en la figura de quien hemos caracterizado, brevemente, como el héroe virtuoso. Desde la perspectiva que habilita esta hipótesis no es de extrañar, entonces, que se desaconsejen las lecturas que gravitan por fuera de dicho centro, tal como lo hacen las *amatory fictions* al proponer un abanico de vivencias, sufrimientos y emociones propias de la sensibilidad femenina en un contexto bastante adverso.

Esta última vía de lectura va de la mano con muchas de las apreciaciones que se han vertido sobre las novelas románticas en las últimas décadas, como así también sobre otras publicaciones periódicas escritas por y para mujeres en Inglaterra. En todas estas producciones encontramos una trama común que tiende a poner en evidencia que el orden social, que determina el papel que le corresponde a cada uno de los sexos en el desempeño de las actividades públicas, lejos está de ser un designio natural. Tal como afirma Díaz Sánchez:

20

Las escritoras inglesas de principios y mediados del siglo XVIII, sabedoras del interés de los hombres en el debate del poder político, comienzan a denunciar en su prosa y en su lírica esta “tiranía de las costumbres” que las subyuga y las coloca fuera de cualquier conquista por la educación y el avance en derechos y libertades. (Díaz Sánchez, 2023, p. 204)

IV. Consideraciones finales

Queda claro, a partir de lo trabajado, la alta estima que tiene Hume por los estudios históricos y cuánta confianza pone en ellos como un antídoto a toda clase de fanatismos, cura que la filosofía pocas veces puede aportar. La segunda naturaleza humana se conforma por todas aquellas creencias afianzadas a través del hábito y la repetición, y no hay mejor maestra que la historia para configurar, en base a la experiencia, este ámbito de convicciones compartidas. El peligro incipiente de la literatura, propio de cualquier relato ficcional, radica en que los eventos y los seres imaginarios que propone lleguen a poblar esta segunda naturaleza de manera tal que la mente permanezca anclada en dicho sistema de relaciones. La primera hipótesis que hemos presentado responde al intento por evitar esta amenaza. Dicho esfuerzo aparece también delineado en la segunda vía explicativa que hemos expuesto, en tanto y en cuanto ciertas historias promueven un tipo de prácticas que no son, estrictamente hablando, moralmente buenas o virtuosas. Sin embargo, ya en figura del héroe virtuoso se evidencia cierto

ideal de masculinidad que, tal como sugerimos en la última hipótesis, ocupa un lugar central en el pensamiento de Hume.

Cada una de las tres vías de interpretación que hemos brindado puede ser comprendida de manera independiente; aunque, al mismo tiempo, no son contradictorias y perfectamente se complementan. Queda en manos de los y las lectoras la posible adhesión a alguna de ellas (o a ninguna). Cabe aclarar, asimismo, que somos conscientes de que aceptar la última nos compromete, al mismo tiempo, a realizar una relectura de varios pasajes de la obra de Hume. No es este el lugar para desarrollar todas las implicancias que podrían seguirse de dicho análisis, tarea que, además, aún no hemos emprendido. Sí nos interesa indicar, al menos rápidamente y a modo de ejemplo, el impacto que dicha revisión podría tener en un tema bastante discutido entre los estudiosos de la obra de Hume, a saber: la obligación de la castidad. Sabemos que este deber es considerado por el filósofo como derivado de los usos y las costumbres, y que es completamente artificial. Aun así, no la considera obsoleta y ofrece una justificación de su observancia únicamente para el sexo femenino, debido a la utilidad que se deriva de ella dada la imposibilidad masculina de determinar fehacientemente la paternidad de su descendencia. Dicho de otra manera, dado que los hombres no pueden asegurar por otra vía la filiación de sus futuros herederos, es que la castidad es una exigencia social para las mujeres.

Que la justificación que acabamos de enunciar está anclada en la experiencia masculina de la paternidad es bastante evidente, al menos a nuestros ojos. De más está decir que, tanto en la época de Hume como en la nuestra, el no reconocimiento de los hijos por parte de los progenitores es un peso con el que hemos cargado las mujeres tanto económica como socialmente, y de manera sostenida, hasta nuestros días. La obligación de castidad a la que estaba sujeto nuestro género solo pudo haber aumentado y agravado dicha carga. Una experiencia no anclada en el *male-world* hubiera tenido en cuenta, al momento de justificar los deberes sexuales, la vivencia femenina de la crianza en soledad de hijos cuyos padres se ausentan completamente. No creemos que sea tarea de la filosofía dar respuesta a todos los problemas de la especie humana, pero sí consideramos que queda prendada de aquellos a los que efectivamente se dedica y que, a su vez, se ve comprometida con la forma en la cual elige hacerlo. Hume tenía a disposición otra manera de comprender la obligación de la castidad y él mismo la plantea en su escrito de juventud sobre la caballería, que tanto desprecia:

Aquí la castidad de las mujeres que, por la necesidad de los asuntos humanos, ha sido una extravagante cuestión de honor en todos los países y épo-

cas, con ellos [los caballeros] llega a ser incluso más extravagante, esto es, que ninguno de los sexos debe estar exento de este fantástico ornamento. (Mossner, 1970, p. 48)

Cabe destacar que la castidad de ambos sexos bien podría tener, en términos humeanos, beneficios compartidos; máxime teniendo en cuenta la responsabilidad que exhibimos los seres humanos respecto al cuidado y sustento de nuestra descendencia. Y la posibilidad de esta obligación mutua no es desconocida por el filósofo, simplemente no es avalada, es un “ornamento demasiado extravagante”. Así, y tal como dijimos anteriormente, la figura masculina del héroe virtuoso que embandera Hume parece tener su correlato en el mundo femenino, y a cada una de ellas le corresponden determinadas obligaciones y permisos. La cuestión central, sin lugar a duda, es poder dilucidar a partir de qué vivencia se enuncian dichos mandatos.

Referencias bibliográficas

- 22 Ballaster, R. (1992). *Seductive Forms: Women's Amatory Fiction from 1684 to 1740*. Oxford University Press.
- Benedict, B. (1998). The Curious Genre: Female Inquiry in Amatory Fiction. *Studies in the Novel*, 30(2), 194-210.
- Calvente, S. (2016). La especie inventiva: similitudes y diferencias entre humanos y animales en la filosofía de Hume. *Revista Latinoamericana de filosofía*, XLII(2), 125-147.
- Díaz Sánchez, I. (2023). La instrucción moral en la prensa inglesa del siglo XVIII: *The Spectator* y *The Female Spectator*. La influencia de Eliza Haywood. *Revista de historia moderna*, (41), 198-219. <https://doi.org/10.14198/rhm.24804>
- Fitzgerald, P. (2006). *A Scribbling Dame" Eliza Haywood's Literary Reputation and the Female Spectator* [Tesis de Maestría no publicada]. California State University San Marcos.
- Gonzales, C. (2017). *Making Space: The Case for Amatory Fiction, 1660-1740* [Tesis de Doctorado no publicada]. University of Houston.
- Hume, D. [E]. (1987). *Essays, Moral, Political, and Literary* (E. Miller, Ed.). Liberty Fund.
- Hume, D. [EHU]. (2007). *An Enquiry Concerning Human Understanding* (S. Buckle, Ed.). Cambridge University Press.
- Hume, D. [T]. (2011). *A Treatise of Human Nature* (D. Norton y M. Norton, Eds.). Oxford University Press.
- Hume, D. [AHI]. (2013). *Sobre el estudio de la historia y los Apéndices de la "Historia de Inglaterra"* (E. Ujaldón, Ed.). Siglo XXI.
- Immerwahr, J. (1991). The Anatomist and the Painter: The Continuity of Hume's Treatise and Essays. *Hume Studies*, 17(1), 1-14. <https://doi.org/10.1353/hms.2011.0419>

- King, K. (2016). *A Political Biography of Eliza Haywood*. Routledge. <https://doi.org/10.4324/9781315653013>
- Mossner, E. C. (1970). *The Life of David Hume*. Oxford University Press.
- Pérez Curiel, B. (2020). Eliza Haywood's *Love in Excess*: Women, the Enlightenment, and the Trap of Reason. *Anuario de letras modernas*, 23(1), 38-47. <https://doi.org/10.22201/ffyl.01860526p.2020.23.1070>
- Pope, A. (1728). *The Dunciad. An Heroic Poem. In three books*. A. Dood.
- Trabal, J. (1995). Ensayos suprimidos y niveles de discurso en la obra de D. Hume. *Telos*, IV(1), 147-199.
- Ujaldón, E. (Ed.). (2013). Introducción. En Hume, D. *Sobre el estudio de la historia y los Apéndices de la "Historia de Inglaterra"* (pp. 9-38). Siglo XXI.